

colares desdennaban toda virtud. La mayoria de los estudiantes respondían a aquella humorística, pero exacta, definición: *animal inquietum omnia rumpens*. Al ocupar Contardo su cátedra, el ambiente apenas había cambiado. «En nuestras Universidades—escribe uno de sus alumnos de Pavia—estaba aún difundido el espíritu goliárdico hecho de epicureísmo fácil y ligero: *gaudeamus igitur...* y de abandono rebelde e iconoclasta. No resultaba difícil, por lo tanto, imaginar el oasis espiritual que en aquel desierto representaba el ejemplo vivo y elocuente de un hombre como Contardo Ferrini, rodeado de la doble aureola de la ciencia y de la santidad. Del fervor religioso de Ferrini, los estudiantes de la Universidad de Pavia hablaban como de un fenómeno, como de una cosa singular, incomprendible para muchos de ellos, pero que todos, aun los más refractarios a sugerencias y emociones de este género, sentían y declaraban como merecedor del más profundo respeto. Se sabía que el ilustre romanista, en sus visitas al Sacramento Eucarístico, permanecía largo tiempo absorto, como arrebatado en éxtasis y extraído a todo el mundo externo. Y no faltaban los discípulos inercidos y escépticos que traspasaban los umbrales del templo movidos por la curiosidad, para ver a su profesor en un humilde banco que se transformaba en otra cátedra más fecunda y saludable. Y partían de allí, si no convertidos, afectados, por lo menos, en su indiferentismo o en su descreimiento».

A pesar de todo, en aquel ambiente de indisciplina y libertinaje, no faltaron las irrespetuosidades al profesor creyente. Ya hemos dicho que Eduardo Gemelli asistía a la cátedra de Ferrini para sonreír ante aquel catedrático que en los días del positivismo triunfador creía en Dios todavía. Otras veces, cuando Ferrini se dirigía a la cátedra, no faltaba un gracioso que para despertar la hilaridad de sus camaradas le seguía los pasos lentamente, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada como en actitud de recogimiento religioso. En otra ocasión, los estudiantes fueron entrando en clase con unos minutos de intervalo y daban un fuerte portazo que interrumpiese la explicación, a fin de irritar al maestro. Incluso hubo uno más osado que en la lista de los alumnos modificó un apellido convirtiéndolo en una expresión grosera. Al pasar lista, Ferrini pronunció aquella palabra, con la algarazara consiguiente. Otro día, mientras daba su clase, irrumpieron los escolares en huelga, para darla por terminada.

En todas estas ocasiones, Ferrini reaccionó con una serenidad edificante, y los mismos alumnos se encargaron de corregir tales

